

NECROLOGÍA

DON AMÉRICO CASTRO

El 25 de julio de 1972 fallecía en una playa catalana don Américo Castro. Los males adversos de Santiago matamoros arrebatában una de las vidas decisivas para la ciencia y el pensamiento español en el presente siglo. La víspera la había dedicado en buena parte a la correspondencia con sus amigos y discípulos, algunos de los cuales recibieron un último testimonio de su cordialidad y de su saber casi del otro lado de ultratumba.

Don Américo había nacido de padres españoles en Cantagallo (Nitheroy, Brasil) el 4 de mayo de 1885. Cinco años más tarde regresaba la familia para establecerse en Granada, donde el futuro maestro realizó sus primeros estudios universitarios (Letras y Derecho) y quedó marcada su personalidad con un cuño de señorío andaluz de la mejor ley. De 1905 a 1908 siguió cursos avanzados en la Sorbona. Su vida se orienta definitivamente entre las fechas de 1909 (doctorado en Derecho en la Universidad de Madrid) y 1915 (catedrático de Historia de la Lengua en la Facultad de Letras de la misma). A partir de 1908 recogió, con su profesorado en la Institución Libre de Enseñanza, el aliento de los últimos años de Giner de los Ríos. Pero, sobre todo, don Américo cuenta ya en la primera generación de maestros del hoy legendario Centro de Estudios Históricos, al que se incorpora en 1910, al frente de la sección de Lexicografía, bajo Menéndez Pidal. Siguieron, hasta 1936, muchos años de estudio y magisterio, con un viaje a Hispanoamérica en 1923 para fundar el Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires. Grandemente desvelado por la digna presencia de España más allá de sus fronteras, las ideas y también los esfuerzos casi heroicos de don Américo fueron decisivos para inspirar una política favorable a la creación de lectorados e institutos españoles, así como una mejora del nivel cultural de nuestras representaciones diplomáticas. En 1931 fue nombrado embajador de la República española en Berlín, en cuya Universidad (Romanisches Seminar) enseñó el año anterior.

Los comienzos de su labor de investigación se desarrollaron dentro de un previsible marco filológico, si bien caracterizado por una notable diversidad de intereses (etimologías, dialectos, gramática histórica, pedagogía de la lengua, traducción del manual de Meyer Lübke). Destacan entre tales trabajos sus agudas notas de lexicografía, publicadas en esta misma *Revista* y que, junto con otros artículos y reseñas de don Américo, contribuyen a hacer tan valiosos los primeros

volúmenes de ésta. Como culminación de sus estudios lingüísticos nos daría en 1936 sus *Glosarios latino-españoles de la Edad Media* (RFE, anejo XXII). Pero don Américo no estaba llamado a seguir únicamente el camino de unos estudios de lingüística románica determinados por la influencia de Menéndez Pidal y Meyer Lübke. *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (1941), estudio que interpreta el fenómeno del hispanoargentino como manifestación de la vida y el ser histórico de aquella república, es ya una obra sin precedente, uno de los libros más *castristas*. Y a fuer de tal, estaba llamado a dar pie a no pocas controversias y malentendidos causados por el sobresalto ante el panorama de una historia desmitificada.

El interés de don Américo por la crítica literaria se halla presente desde sus primeros estudios bajo la forma de ediciones anotadas (Tirso de Molina, Quevedo, Lope, Rojas Zorrilla) y pasa paulatinamente a ocupar el centro de sus tareas. La consagración como investigador de la literatura se produce con *El pensamiento de Cervantes* (1925), verdadero punto de partida para el moderno ciclo de la crítica cervantina, saludado en el mundo por unas treinta y cinco reseñas bibliográficas y objeto siempre de intensa discusión (¡aquello del Cervantes «hipócrita!»). El mito despectivo del «ingenio lego», prohijado después por el romanticismo, quedaba atrás ante la evidencia de un Cervantes profundamente arraigado en Erasmo y en la más pura tradición humanista. Los estudios cervantinos constituyeron, hasta su último día, un campo muy querido de don Américo, que volvió siempre a él como a una especie de banco de pruebas para sus ideas (raíces histórico-literarias en el volumen *Hacia Cervantes*, empujadas remotamente semíticas en el *Quijote de Porriña*, Cervantes ante la escisión de la vida española en *Cervantes y los casticismos españoles*, hasta las páginas testamentarias de *Cómo veo ahora el Quijote*, preliminar a la edición Magisterio Español). Tan dilatada evolución del cervantismo de don Américo nos privó durante muchos años de la reedición de *El pensamiento de Cervantes*, libro de referencia indispensable y que había llegado a hacerse rarísimo. Fueron precisos demasiados ruegos de amigos y editores para moverle a autorizar una segunda edición, realizada en 1972 con adiciones del autor y notas bibliográficas de J. Rodríguez Puértolas. El hecho dice bastante acerca de un hombre que ha sido acusado de dogmatismo, de excesivo apego a las propias ideas y hasta de codicia editorial.

La guerra civil española de 1936-1937 había de partir en dos la vida de don Américo, que la vio venir y trató de conjurar su fantasma en su actividad de autor para la prensa diaria. Porque don Américo no desdeñó ser también un excelente periodista, persuadido de que en España todos los educadores eran pocos y de que la tarea más humilde es también, a veces, la más necesaria. Sus artículos de periódico, que acaban de ser recopilados en Méjico¹, representan una ejemplar labor divulgadora y una serie de editoriales acerca de los acontecimientos políticos que no cabe leer hoy sin una profunda emoción (el último de ellos apareció en *El Sol* el 15 de julio de 1936, muy mutilado por la censura). La actitud de don Américo ante la cruenta contienda civil fue la de un típico «tercerista», en igual desacuerdo con ambos bandos en lucha. Y por ello hubo de iniciar, en el mismo año 1936, un largo peregrinar por tierras americanas, sin que su fama internacional endulzara del todo la amargura de pisar escaleras ajenas: Buenos Aires (1936-1937), Madison, Wisconsin (1937-1939), Austin, Texas (1939-1940). En esta úl-

¹ *De la España que aún no conocía*, Finisterre, México, 1972, 3 vols.

tima fecha adopta la ciudadanía de los Estados Unidos, que conserva hasta el día de su muerte, y es nombrado para una de las prestigiosas cátedras de la Universidad de Princeton. Mientras tanto, el nombre de Américo Castro queda borrado en España hasta de la portada de sus libros.

La Universidad de Princeton va a ser un segundo hogar intelectual para don Américo hasta su jubilación en 1953 y aún después. El gran centro universitario le ofrece, allá en el corazón de New Jersey, discípulos, colegas y bibliotecas de primer orden, los estímulos y los medios para una gran labor académica. Se trata, además, de un ambiente caldeado en aquellos años por la presencia de otros ilustres refugiados como Von Neuman, Jacques Maritain, Thomas Mann y Albert Einstein, amigo personal de don Américo este último. Es el momento de una intensa meditación sobre la tragedia española, de dar cumplida respuesta a muchos *cómos* y *por qué*s de que los conceptos históricos al uso no aciertan a dar razón. El pasado de la Península empieza a cambiar radicalmente de aspecto, mostrándose reacio, si no irreductible, a categorías o etiquetas válidas fuera de aquélla. Es el camino marcado ya con claridad en el artículo-libro *Lo hispánico y el erasmismo* (RFE, 1941 y 1942, después *Aspectos del vivir hispánico*), estudio apretado y nervioso, equivalente a un comentario profundo del *Erasme et l'Espagne* (1937) de Marcel Bataillon. La tarea de esos años de plenitud queda destilada, por fin, en el grueso volumen de *España en su historia* (1948), revisado en 1954 y en 1962 bajo el nuevo título de *La realidad histórica de España*. Toda la obra posterior de don Américo consiste en su mayor parte en aclaraciones, aditamentos, polémicas y ampliaciones relacionadas con este *magnum opus*, del que también es parte virtual el libro que le siguió, *De la edad conflictiva* (1962).

España en su historia era, por todos conceptos, un libro revolucionario y que todavía no ha dejado de causar estupefacción. Como toda obra histórica de primera clase, podía mantenerse también en pie por su mérito literario. Desde el punto de vista técnico empezaba por ofrecer una inversión del conocido método positivista de ilustrar la literatura con anotaciones históricas. Por el contrario, la literatura constituye allí una especie de fuente suprema, un testimonio de máximo valor, fundado en la lógica de originarse en una plenitud de conciencia intelectual y artística: ¿por qué habríamos de negar al *Quijote* o a los *Proverbios* de Sem Tob la modesta categoría de *documento* que rutinariamente se otorga a cualquier legajo apolillado o a unos añicos de cerámica desenterrada? El libro ofrecía, por ejemplo, un capítulo de gran densidad acerca de Juan Ruiz, pero su propósito era el de ilustrar las verdaderas condiciones de la vida castellana del siglo XIV, y a un fin similar responde su estudio del arabismo seudomórfico, que bastaría para acreditar a un consumado lingüista. El título que ante la posteridad cuadra a don Américo no es el de filólogo, sino el de historiador.

Para mayor extrañeza, sus ideas venían a incidir sobre una de las zonas más deprimidas de la tradición intelectual española. El siglo XIX, que fue en cierto modo el siglo de la historia y de los grandes historiadores, no produjo en España ninguna figura de talla europea. Sólo hubo unos puñados de eruditos beneméritos, pero alicortados o sujetos a ese socratismo perezoso con que tantos hispanos guardan para un puñado de indiferentes contertulios lo más hondo y mejor de su saber. El único hombre con madera de gran historiador, don Antonio Cánovas del Castillo, fue captado por la política activa y no llegó a pasar de excelente aficionado. La historia española fue elaborada, de hecho, por críticos literarios

y filólogos como Amador de los Ríos, Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal e incluso al final pero con otro sentido, por el propio don Américo.

No hay que olvidar, a todo esto, que la historia no es para el *homo hispanicus* una disciplina científica como las demás: la imagen del pasado ha de servirle también a modo de una mitología, una hagiografía, un catecismo y, a fin de cuentas, una novela (la falsificación histórica, vergonzosa en cualquier otra tierra, ha cosechado en España a cara descubierta los laureles). Por razones de identidad y sentimiento, los españoles se abrazan a la desesperada con una historia gloriosamente mentida, como a la última pelucona de un tesoro disipado. Es esta muralla protectora de un terrible sentimiento de humillación lo que venían a desmoronar las ideas de *España en su historia*, y de ahí, en gran parte, las reacciones que éstas despertaron en sectores intelectuales de muy diverso signo. La valoración del elemento semítico, la perspectiva de una historia «judaizada»¹, no constituía para muchos una tesis erudita más o menos viable, sino un calderoniano drama de honra (de *deshonra*) nacional y hasta casero, por la parte alícuota que les tocaba. Y una vez más fue preciso echar mano del mito visigótico, es decir, la hoja de parra con que siempre se ha tratado de hurtar de las miradas a moros y judíos (en Toledo se ha abierto un pomposo *Museo de la Cultura Visigoda*, alojado en una bella iglesia mudéjar y patéticamente vacío). Los que acusan a don Américo de mal patriota o moderno fautor de la leyenda negra no han comprendido en absoluto la profunda belleza de su idea de la realidad histórica de España. No podrán imaginar nunca el brillo que encendía sus ojos en la charla lúgubre y confiada: «¡Paco, los españoles venimos de una maravilla histórica, sin paralelo en Occidente!».

Toda la obra final de don Américo puede considerarse como un último eco de la preocupación de los hombres del Noventa y ocho con el ser y el destino de España. O más exactamente como una definitiva superación de aquélla, al dejar atrás la ingenuidad del regeneracionismo, la polémica entre casticistas y europeizantes y los resabios ideológicos del siglo XIX que, de un modo inevitable, se adherían a las viejas obsesiones. A la altura de 1940, tras de que los españoles hubieran muerto y matado a cuenta del prólogo de *Los heterodoxos*, no cabía seguir haciéndose ilusiones ni perder más tiempo: era hora de conquistar el señorío de la propia historia, para no seguir siendo sus víctimas ni sus esclavos. Se imponía el hacer tabla rasa de peligrosos y confusos sentimentalismos y comprometerse a una lúcida investigación de su *realidad*, entendiéndola por tal sus procesos más hondamente funcionales. Don Américo se pertrechaba para la tarea de una variedad de instrumentos de máxima novedad y finura. Contaban entre éstos los métodos filológicos más recientes, al lado de la antropología cultural y, sobre todo, del pensamiento existencialista y del historicismo diltheyano.

Los logros de tanto desvelo pueden ser resumidos también como una especie de desarme intelectual de los españoles y, más aún, como el conjuro de nuevas

¹ El afán de borrar o eludir toda huella judía en el pasado hispánico alcanza los extremos más absurdos. Cuando Antonio Enríquez Gómez se refería a Portugal como «el gran Reyno de Sión», el erudito Armando Cortesao explicaba en 1943 que *Sión* designaba allí a ¡Siam!; C. N. Rose, «Antonio Enríquez Gómez and the Literature of Exile», *Romanische Forschungen*, 1973, LXXXV, p. 71. Por otra parte, la tosca faramalla del Niño de La Guardia sigue siendo dada por verosímil, o discutida con toda seriedad, por parte de respetados autores.

contendias semirreligiosas. No: España no era un cuerpo simple, una sustancia eterna, como soñaba la izquierda liberal, ni un mero subproducto de su religión, como quería la derecha católica, a remolque toda ella de Menéndez Pelayo (por el contrario, esa religión fue moldeada, para bien o para mal, por la *vividura* hispánica). La España creadora de una de las grandes culturas de la humanidad no es sino el resultado de un nuevo proceso vital desencadenado por la invasión musulmana en el s. VIII¹. Fueron necesarios muchos siglos de trabajoso sin vivir, en paradójica lucha e integración con moros y judíos, para que pudieran escribirse el *Libro de buen amor*, *La Celestina* o el teatro de Lope. Y por el camino de las contrapartidas a tantas cosas únicas y exquisitas vinieron también las negruras de la Inquisición y del irracionalismo, para hacer imposible la presencia activa en un mundo moderno dominado por la ciencia, la economía y la técnica.

No debemos continuar con la exposición de tesis harto bien conocidas hoy para todo hispanista. Como observó en su día M. Bataillon,² comentar a Castro es una incitación a escribir un puñado de volúmenes y no son ya pocos los que se han lanzado por dicha pendiente. Representaban sus ideas una cuadrícula para la reorganización de lo conocido y para la estrategia a largo plazo de futuras encuestas. Son también una poderosa óptica descubridora de nuevos y amplísimos espacios: pensemos sólo en los temas y campos hasta entonces inéditos o muy secundarios que *España en su historia* nos dejó sobre el tapete (conversos, estilo integrado, orígenes de la Inquisición y de la limpieza, arabismo seudomórfico, etc.). Como observó uno de sus primeros enjuiciadores, *España en su historia* constituía «una monumental culminación y un monumental comienzo»,³ es decir, una nueva sistematización con todo lo que esto implica de grandioso y también, por fuerza, de inacabado. La historia española quedaba dotada de criterios elaborados desde dentro de ella misma, por contraste con la vieja ortopedia en que las reliquias del casticismo cristiano-viejo alternaban con el nacionalismo decimonónico y la pugna entre liberales y reaccionarios. La utilidad de sus grandes líneas depende, pues, de una sana crítica de éstas a la vista de su aplicación a estudios particulares, y el propio don Américo inició dicho tipo de labor con humildad y entusiasmo incomprensibles para sus adversarios. Disponer de este armazón de sintagmas históricos significa, mientras tanto, para el investigador, la enorme diferencia de saber lo que busca y para qué lo busca, ayudado por la capacidad orientadora de una lógica interna. Recuérdese cuántas

¹ Aunque en *España en su historia* quepa espigar frases de sabor sicologista o favorables en apariencia a la idea de un arquetípico *Dauerspanier*, el sentido general y obvio de la concepción de Castro es el de la historia como un proceso de fluencias e interacciones funcionales. El autor lo aclaraba, además, en los siguientes términos: «Aucune histoire n'est égale à ses 'causes' ou à ses 'racines'. Elle n'est pas. Elle vaut ce que ses valeurs valent. C'est-à-dire sa réalité déborde la statique immobilité de l'être absolument conçu, puisqu'elle est inséparable de l'activité rayonnante de ses valeurs et de la vie individuelle ou collective dans laquelle elle devient réelle»; «*Quelques précisions au sujet de España en su historia*» *Bulletin Hispanique*, 1951, LIII, p. 12.

² «*L'Espagne religieuse dans son histoire*», *Bulletin Hispanique*, 1950, LII, p. 5.

³ F. RACHIEL, sobre *España en su historia*, *The Romanic Review*, LX, 1949, I.X, p. 149.

de las que para muchos eran escandalosas profecías de Castro han venido siendo después confirmadas con todo rigor.

La obra de Américo Castro ha suscitado una oleada de controversia sin precedente en el mundo de habla española, en términos que van desde la honesta discrepancia erudita hasta burdos planteamientos e incluso ataques personales. El fenómeno de una impugnación total de las ideas de Castro se repite con notable periodicidad, y hace de éstas un buen ejemplo de «muerto» en goce de buena salud. Es frecuente también que se las tome, a favor o en contra, como un dogmatismo de falsilla cuando, por el contrario, constituyen un gran esquema, abierto a múltiples posibilidades de ampliación, subdivisiones y enmienda. Lo que sí se advierte en toda la obra final de don Américo es su carácter de tarea hecha de prisa, ejecutada en una carrera con la existencia humana. El buen anciano solía lamentar el mucho tiempo que había «perdido» y se inculpaba por no haberse planteado de lleno el problema histórico español quince o veinte años antes. Contemplaba con melancolía grandes proyectos de estudio acerca de temas no hispánicos (sobre todo franceses e italianos) a sabiendas de que no podría ya nunca realizarlos.

Conocidas de todos, pero no siempre bien entendidas por exceso o por defecto, las ideas de don Américo marcan hoy fronteras muy visibles en la ecuménica latitud del hispanismo. El eco de aquéllas en las aulas de la Universidad española de postguerra ha sido escaso (algo en los estudios literarios, menos aún en los históricos). En todo el mundo de habla española el público culto agota fielmente las sucesivas ediciones de sus libros, cuyos ecos alcanzan ya hasta el nivel popular. Por efecto de la obra de Castro, y también de los desvelos (en gran parte concurrentes) de Marcel Bataillon, ha entrado el hispanismo en una especie de mayoría de edad, con una subida de su tono medio que, a partir de la fecha aproximada de 1950, se hace muy perceptible por encima de escuelas, ideologías y tendencias. Sobre todo, *España en su historia* trajo consigo una nueva sensibilidad, a la que nadie puede hoy sustraerse en el campo de las tareas históricas. Es el mayor, a la vez que el más incontrovertible, de sus logros.

¿Cómo era en persona don Américo Castro? En lo exterior, una compostura siempre pulcra, una planta señorial que no se rendía a los años. ¿Cómo se despe-gaba don Américo al transitar por la calle mayor de Princeton! Por dentro era, primordialmente, un hombre cariñoso y sincero hasta el extremo. La cortesía, que venía a ser su segunda naturaleza, se revestía en él de una autenticidad candorosa, incapaz del disimulo ni de segundas intenciones. Don Américo estaba dispuesto de veras a prodigar una hora de su precioso tiempo cada vez que decía *¿Cómo está Ud.?* Le era imposible ocultar sus alegrías ni sus desazones, que expresaba en términos directos y resaltados por alguna ráfaga de gracejo andaluz que le venía espontánea en muchos momentos. Ser amigo suyo era un continuo recibir consejo, críticas, aliento, confidencias, ideas acabadas de nacer y toda la amplitud de ayuda que estuviera de su mano: cartas o llamadas telefónicas inesperadas para inquirir sobre un dato, comentar alguna idea o brindarse en algún asunto personal. Gustaba de ser correspondido de la misma manera y no tenía alternativa para un tipo de relación como de pariente en primer grado, que nada niega ni oculta y se siente libre de reconvenir con afecto. Este rasgo fundamental de su carácter fue a menudo incomprendido por quienes no sospechaban su profunda nobleza de alma, incapaz de doblez ni de rencor: los que deseen contárselo como defecto estarán en libertad de hacerlo, igual que otros le apre-

ciábamos tanto más por ello. Una persona capaz de frialdades o de distanciarse sentimentalmente de cuanto hacía no hubiera sufrido tanto con las polémicas que hubo de mantener en sus últimos años.

Pero don Américo era, sobre todo, un espíritu en pleno rendimiento, que se imponía, indomable, a la debilidad de las fuerzas, haciéndonos sonrojar a los jóvenes. El exilio, el dolor de España, las incomprendiones, le habían hecho más y más sabio, pero no habían minado su fe en el poder de la inteligencia, en la fecundidad del trabajo o en la capacidad liberadora de las ideas. No había en él sombra de escepticismo ni desilusión, bullían en su mente las ideas con un ímpetu alegre e irrestañable. Conservaba el entusiasmo del mejor principiante por el descubrimiento de un dato valioso o el sabor de una página bella. Don Américo gozaba lo indecible planeando su próxima obra, al recibir una palabra de aliento o un comentario inteligente, al ver impreso su último trabajo. Su trato producía así un efecto estimulante y casi «religioso», que a través de sus escritos se comunica también a cuantos continúan abrigando hoy alguna fe en el supremo valor de lo humano.

Guardaba su aborrecimiento, intenso y sin paliativos, no para los que yerran, sino para los servidores interesados de la mentira y para cuantos, de un modo u otro, pretenden hacer de la cultura un instrumento de deshumanización. Al escribir sobre Cervantes o sobre teoría de la historia lo hacía, en último término, por las mismas razones que le movieron a alzar su voz en defensa de las centenarias encinas de El Pardo o en acto de protesta contra el recurso de un gobierno a la tortura. Don Américo perdía, sí, la paciencia ante todo intento de materialización, de aborregar al individuo o de tratarlo como simple *res*, bien fuera en la realidad o en los libros. En España se sabe muy poco de su abierta pugna contra el tecnicismo neutro e irresponsable que ha pretendido señorear el campo de las Humanidades en algunos círculos norteamericano. Para tales militantes don Américo gustaba de proclamar una tajante autodefinición: *I promote social and academic maladjustment.*

Tras su definitivo regreso a España (mayo de 1969) por motivos familiares, llevó una vida estrictamente privada y como siempre laboriosa en su piso madrileño. Entre las más puras alegrías de estos últimos años contaron para don Américo algunas visitas a su Granada, con amplia oportunidad de pararse a charlar en la más cerrada habla local con chicos y vejezuelas.

La persona y las ideas de don Américo Castiño Quesada (¿pariente hasta en la carne de don Quijote?) seguirán siendo tema de apasionante estudio y discusión por muy largos años venideros. Ponemos aquí, pues, un punto final particularmente arbitrario a esta modesta conmemoración del anciano hidalgo granadino. Nuestro adiós repetirá las palabras del pintor humanista Francisco Pacheco al hablar de otro gran hombre de escuelas: «Nació para la nación española y el mundo».

Francisco Márquez Villanueva

City University of New York
Graduate Center.